

EDITORIAL

La palabra «CONTROL» nos devuelve a la etapa rebelde de nuestra adolescencia. Quizá porque ese término suena a la antítesis de iniciativa personal, a medio para enterrar el sustrato libre que todos llevamos dentro, a dominio de unas ideas sobre otras...

Quizá sea por eso que cuando esa palabra se pronuncia en nuestro colectivo provoca un cierto rechinar de dientes entre la Enfermería de base, y un frotarse las manos en otros estamentos.

Tendremos que despejar al término «CONTROL» de todos los prejuicios que nos rodean, porque entre nosotros, enfermeros y enfermeras vamos a oírlo con mucha frecuencia, y sobre todo asociado a «CALIDAD».

Y es que en el «CONTROL DE CALIDAD» está la clave para solucionar buena parte de los problemas que agobian a la Enfermería Nefrológica:

– Con él, podremos integrar la avalancha de conocimientos que nos llegan y el trabajo diario de una forma racional.

– Con él, evitaremos que la repetición de las tareas rutinice nuestras acciones, con el riesgo de falta de atención que ello comporta.

– El, nos puede ayudar a que la sobrecarga de trabajo que produce la falta de personal no nos haga bajar la guardia, y transforme nuestros cuidados en simples actos técnicos.

Y lo mejor de todo: la iniciativa para instaurar un control de calidad en un club de diálisis, en una sala de hospitalización, en una unidad de trasplante, no tiene porqué partir de la jefatura de Enfermería o de los mandos intermedios, también puede hacerlo la Enfermería de base, lo bastante motivada y responsable para querer controlar la calidad de los cuidados que otorga.

Existe a disposición de ese colectivo un buen número de instrumentos para controlar la calidad, entre los que seguro se encuentra el más adecuado para cada grupo.

Josefa Ramírez Vaca